

Simbólico de la hospitalidad

Henri Caffarel

Extractos del Anillo de Oro – El matrimonio, ese gran Sacramento. Número especial 111-112 – Mayo – Agosto 1963 (págs. 273 à 287)

La familia que abre su puerta al paseante, al peregrino, al hombre abatido y le ofrece su pan, su paz, su seguridad, su reposo, su afecto, es la imagen de la Iglesia, la gran familia de Dios cuya puerta se abre a todos, donde todos los hombres son siempre recibidos, seguros de encontrar el remedio a su soledad y a su angustia, donde el vagabundo se siente al fin rehabilitado. (¡Cómo lamentamos que el ritual de hoy en día, no incluya ya los ritos que, en otros tiempos completaban la ceremonia del bautismo! Esos eran ritos de hospitalidad: se le lavaban los pies al nuevo bautizado, se ungía su cabeza con aceite, se le ofrecía leche y miel).

Esta Iglesia terrestre y terrenal que evoca la hospitalidad es un pueblo en marcha en el desierto, un pueblo que habita bajo la tienda. Todos nosotros somos nómadas, nuestras casas no son sino un descanso en el camino. Mientras más avanzamos, más vivas se hacen la espera y la esperanza de la Morada Eterna.

El cielo no es tanto un lugar como tres Personas divinas, unidas en el amor, que nos reciben, no a su lado, sino dentro del corazón mismo de su intimidad.

La hospitalidad de la familia que comparte con el vagabundo y el extraño, no solamente su pan, sino también su amor y su alegría, es la imagen del misterio trinitario.

Espero haberos animado a medir las grandezas de lo que yo llamaba al principio « el ministerio de la hospitalidad ». Y que vosotros, y los matrimonios con quienes tenéis relación tengais a bien practicarla cada vez con mayorgenerosidad.

Os dejo el ejemplo de ese hogar que debería ser el patrón de la hospitalidad cristiana. Aquila y Priscila. Esos judíos tejedores instalados en Corinto recibieron un día la visita de uno de sus compatriotas solicitando trabajo: era Pablo. Cuando Pablo viajó a Éfeso y luego a Roma, ellos lo acompañaron. Siempre era para el mismo servicio: tener una casa abierta donde los nuevos convertidos se sentían como en su propia casa, donde se celebraba la Eucaristía. Me complazco en pensar que la profunda intuición de Pablo tenía de las grandezas del matrimonio maduró lentamente a lo largo de los años que pasó en casa de los esposos, sus amigos y colaboradores. ¿No es en el espejo de su amor mutuo donde él vio reflejarse la imagen de los esponsales de Cristo y la Iglesia?

Hoy, al igual que hace veinte siglos, los sacerdotes no pueden renunciar a la colaboración de los matrimonios: el sacerdote es Cristo que va al encuentro de los hombres para dirigirles el mensaje del Señor; el hogar es la Iglesia que acoge en su seno, para protegerlos, alimentarlos y regocijarlos, a aquellos que la palabra misionera ha ganado para Dios.